

PARA UNA RETÓRICA DE LA PARADOJA

Fernando Romo

El anterior epígrafe quiere recordar, como el lector advertirá, la conocida *Retórica de la ironía* de Wayne Booth¹. Pero frente a la copiosa bibliografía consagrada al tropo de Booth, nuestra figura no ha corrido la misma suerte. Aunque no siempre fue así: desde Aristóteles, no hay retórica antigua o clásica que no atienda a la figura, que se convierte en una de las claves de la *Agudeza y Arte de Ingenio* de Gracián o de las *Instituzioni Oratorie* de Vico.

Otro tanto podría decirse en el ámbito de la lógica desde el *Sofista* platónico o los *Tópicos* aristotélicos, con un importante resurgir en nuestro siglo a partir de la investigación lógica y matemática de Frege o de Russell y Whitehead.

Para la retórica contemporánea² puede resultar interesante el estudio de una figura que obliga a considerar la tradición retórica, amplía unos estudios elocutivos —la «retórica restringida»— casi confinados en el ámbito de la metáfora y la metonimia, y, finalmente, frente a la reiteración de llamamientos en favor de una nueva teoría más general y comprensiva, hace avanzar en el terreno empírico.

Precisamos una concepción de la paradoja lo bastante flexible como para recoger las diversas prácticas discursivas socialmente vivas. De ahí que la mayor parte de mis ejemplos

1.- BOOTH, Wayne, *A Rhetoric of Irony*. University of Chicago Press, 1974. Hay versión española: *Retórica de la ironía*, Madrid, Taurus, 1986.

2.- Para el conflicto entre las diversas direcciones retóricas, véase POZUELO YVANCOS, José M., *Del formalismo a la neoretórica*, Madrid, Taurus, 1988; y las actas del seminario organizado por el Centro Europeo de Estudios Argumentativos: MEYER, Michel, LAMPERIEUR, Alain (eds.), *Figures et conflits rhétoriques*, Université de Bruxelles, 1990.

procedan de la prensa diaria, con la esperanza de que sobre este fondo destacará más claramente la peculiaridad de muchas paradojas literarias.

En la *Agudeza y arte de ingenio*³, Gracián se sirvió como ejemplo de paradoja de una narración completa, el *ensiempro XV del Conde Lucanor*. En efecto, con el mismo derecho con que Jakobson⁴ asociaba la metonimia con la prosa y el realismo, podemos reconocer una invención o una disposición paradójicas en narraciones enteras. Baste recordar *El curioso impertinente*: Lotario engaña a Anselmo, fingiendo conquistar a su mujer, para no engañarle de verdad; cuando de verdad la conquista y le engaña, entonces no le engaña pues de verdad la conquista, como Anselmo le había exigido.

En el espacio de que aquí disponemos, no obstante, nos limitaremos a estudiar textos fragmentarios; quede para más adelante el desarrollo capaz de abordar ficciones completas⁵.

Análisis de la paradoja

Ya hemos hablado de la necesidad de una conciencia clara de las movibles dimensiones de la figura. Tan posible es que encontremos paradojas que se ciñan a una frase, como esquemas paradójicos que abarquen secciones más amplias de texto. Conviene, pues, recordar aquí que si en retórica —como en lógica— se debe poder llevar todo razonamiento a un silogismo, en aquélla el silogismo debe poder extenderse⁶. Para la consideración aristotélica, por ejemplo, de una argumentación como la siguiente fácilmente se podrían extraer paradojas:

Anteayer, en Sevilla, Alfonso Guerra se presentó como adalid de las causas más nobles: criticó el armamentismo, denunció la hipocresía occidental en la Guerra del Golfo y se proclamó abogado del ecologismo, los marginados, las minorías raciales, los inmigrantes y los jóvenes. Sólo le faltó declararse feminista. ¿Su problema? Que no es nuevo en esta plaza, y sabemos lo que hizo mientras estuvo en el Gobierno, como sabemos lo que hace hoy el Gobierno que él dice apoyar.

(*El Mundo*, 2-II-1992)

En efecto, recordemos la *Retórica*⁷:

Otro [lugar], puesto que no se alaba las mismas cosas abiertamente y para sí, sino que abiertamente se alaba sobre todo lo justo y lo bello, mientras que en privado se desca más bien el propio interés, consiste en intentar sacar de una u otra premisa la

3.- *Agudeza y arte de ingenio*, t. I, p. 233 de la ed. de E. Correa Calderón, Madrid, Castalia, 1969.

4.- En «Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de afasia», *Fundamentos del lenguaje*, en colaboración con Morris Halle, Madrid, Ciencia Nueva, 1967, pág. 102; la versión original en inglés es de 1956.

5.- Forman parte estas notas de un estudio más amplio en curso, en el que se atiende por extenso al aspecto histórico de la definición de paradoja y al análisis de *dispositio e inventio*.

6.- KIBEDI VARGA, A., *Rhétorique et Littérature. Étude de structures classiques*, París, Didier, 1970, pág. 59.

7.- Utilizo la edición de M. Dufour y A. Wartelle, en tres tomos, de la Col. Guillaume Budé, 1989, reimpresión (los dos primeros tomos de 1938, el tercero de 1973); para los *Tópicos*, misma colección, edición de J. Brunschwig, 1967. En *Tópicos* (104b 19-34), más ampliamente, una paradoja es una tesis conflictiva por enfrentarse a los más o a los sabios, defendida por algún filósofo célebre: se requiere autoridad y técnica argumentativa para apoyarla.

PARA UNA RETÓRICA DE LA PARADOJA

conclusión opuesta: de los lugares de las paradojas, éste es el más eficaz (1399a 30-33).

Pues ése es el método del anónimo columnista de *El Mundo*: inferir de unas declaraciones realizadas por Alfonso Guerra ya al margen del gobierno la contradicción con su comportamiento público mientras estuvo en él. No hace falta decir que la concepción aristotélica presupone un marco argumentativo y dialógico, y que, en consecuencia, resulta mucho más generosa que aquélla a que nos ha acostumbrado la repetición de las definiciones, mucho más formalistas, de Crevier o Fontanier.

La extensión del esquema paradójico viene determinada, entre otras cosas, por el género discursivo a que el texto pertenezca y por si argumenta, expone, o narra. Pero, como figura de pensamiento que es, no tiene por qué ceñirse al ámbito de la frase. Y tanto en este último caso como en los extensos, quien se sirve de paradojas, lo hace a propósito de algo y contra alguien, por lo que el análisis de cada muestra de esta figura obliga a representarse el drama entero «sirvámonos de la metáfora de Tesnière para la oración» de la comunicación: dos interlocutores que enfrentan sus argumentos a propósito de un discurso social que les preexiste. En el ejemplo de *El Mundo*, el columnista apunta como contrario, ya que no a la persona empírica de Alfonso Guerra, a su discurso en tanto que previamente conocido, con el fin de volverlo contra él mismo.

a) Argumentación: voces en la paradoja

Así que, aunque a veces en el texto paradójico oigamos que quien habla discute consigo mismo, en ocasiones percibimos el eco de una voz ajena y contraria:

Resulta paradójico que, en el mundo democrático, la incertidumbre respecto de la figura del líder iraquí haya desaparecido precisamente por culpa de una catástrofe ecológica en el Golfo provocada por él y no, por ejemplo, por su llamamiento al terrorismo.

(SCHWARTZ, Fernando, «Robín de los bosques», *El País*, 2-II-1991)

Sin duda, ni F. Schwartz experimentaba incertidumbre alguna respecto de Sadam Husseín, ni el derrame de crudo en el Golfo reviste para disiparla en su opinión la misma entidad que el llamamiento al terrorismo. Precisamente él se hace cargo de esa opinión ajena para llamar la atención sobre su carácter contradictorio. Pero hay también casos como éste:

«El placer de los sentidos se experimentó muy pronto en todo el cuerpo, y ya no fue solamente el fruto prohibido, que placía a la vista y al gusto. Adán y Eva realizaron el uno con el otro una tentativa harto más peligrosa que todas las demás sensibles y, obligados a pensar en ello nosotros mismos, preciso es que de ello desviemos nuestro pensamiento». Me imagino a los obispos reunidos en la Capilla Sixtina en pleno concilio del amor, tratando de no perder los nervios al pensar sin pensar en la peligrosa tentativa de Adán y Eva, rodeados para colmo de los frescos de Miguel Angel En verdad, hasta que no se frecuenta a los padres de la Iglesia no se sabe lo que es realmente *pornografía*.

(SAVATIER, Fernando, «El concilio del amor», *Impertinencias y desafíos*, Madrid, Legasa, 1981)

La expresión «peligrosa tentativa de Adán y Eva» podría ser dicha seriamente por Bosuet, a quien pertenece la cita que abre el ejemplo, y, en todo caso, por los obispos que se hacen eco de sus doctrinas, pero no por quien las califica de «pornografía». Surge así la ironía complementaria de la paradoja— al servirse el que habla de una expresión ajena, y, esta vez, literalmente ajena. Se puede explicar el problema de la pluralidad de voces en el marco de la «teoría polifónica de la enunciación» de Oswald Ducrot, quien ha aplicado a enunciados sueltos la teoría que Bajtín había concebido con un alcance más general⁸.

Podemos, pues, afirmar que es propio de la paradoja, en tanto que argumentación condensada, que el locutor —el «yo» del discurso, que no siempre coincide con el empírico— tome a su cargo una voz contraria (de un «enunciador» en términos de Ducrot) para refutarla.

Por otra parte, en tanto que la paradoja recurre a la contradicción, y en tanto que el pensamiento lógico huye de ella, la paradoja supone siempre un énfasis. La mayoría de los casos examinados con las palabras «paradoja», «paradójico», «paradójicamente», ocurren casi siempre, y no debe ser casual, a principio o final de párrafo, y aun de texto, que son posiciones de realce; los ejemplos que prescinden de tales signos metalingüísticos son más libres, sin duda porque ellos mismos muestran su propio relieve.

Si nos trasladamos al análisis del significado textual de Halliday y Hasan⁹, veremos que se relaciona el enfoque argumentativo con el componente que denominan interpersonal, y que corresponde al «tenor del discurso», aspecto de la situación textual que tiene que ver con quiénes participan en el acto de comunicación. Pero otro aspecto del significado era el lógico, para el cual vale la reflexión que lleva desde Vico¹⁰ hasta Perelman: la paradoja separa lo que a primera vista parecía unido, procede mediante disociación de nociones; nociones — podemos añadir— que pertenecen a los lugares comunes de la cultura, que por ello mismo merecen ser dislocados para abrir camino a convicciones nuevas. En el primer texto citado, F. Schwartz atacaba lo prolongado de la incertidumbre acerca de Sadam Husein y la mayor preocupación occidental por el medio ambiente que por la vida humana, haciendo ver: a) que se había llegado tarde a una comprensión correcta del presidente iraquí; y b) que había bases mejores en qué asentarla que la catástrofe ecológica. La paradoja resulta ser así, tanto como un arma dialéctica, un procedimiento de análisis, si es que analizar supone disolver, y no sólo en el lenguaje periodístico, político...

8.- DUCROT, Oswald, *Le dire et le dit*, París, Minuit, 1984, en particular el capítulo VIII. Redactadas ya estas líneas, leo el muy interesante artículo de Luis Beltrán «La enunciación narrativa: el narrador y la voz dual», en el primer número de *Tropelías*. Supongo que su distinción entre locutor y sujeto cognitivo —si no la entiendo mal— sería de aplicación aquí.

Advierto que haré abstracción del hecho de que en la mayoría de mis ejemplos haya discurso referido.

9.- HALLYDAY, M. A. K. & R. HASAN, *Language, context, and text: aspects of language in a social-semiotic perspective*, Oxford University Press, 1989, págs. 16-23, distinguen tres componentes mayores: el ideacional, que tiene que ver «con la función del lenguaje de ser acerca de algo», subdividido en una parte de representación de la experiencia (experiencial) y otra de relaciones lógicas que sólo indirectamente derivan de ésta; el interpersonal, que concierne a su función social, con particular mención del «ángulo del hablante» (algo así como la perspectiva enunciativa); y el textual, que se refiere a los medios de cohesión.

10.- Vico, en el apartado «De sententiis, vulgo del ben parlare in concetti» de sus *Istituzioni Oratorie*, distingue dos especies de conceptos, la paradoja y el símbolo: éste presupone la ignorancia del auditorio, aquélla el error. Uso la edición de *Opere*, vol. VII, Nápoles, 1865.

b) *Mostrar y decir*

Se habrá observado que venimos citando ejemplos en los que, mediante la palabra «paradoja», se afirma expresamente que nos encontramos ante un hecho de tal cualidad, mientras que otros prescinden de tal mención: se supone que estos últimos muestran bastante, por sí mismos, su forma paradójica. Ello nos lleva a recordar una articulación, entre lo que se dice y lo que se muestra, de amplia tradición en la teoría anglosajona de la narración desde Henry James (*showing* frente a *telling*), y en la lingüística (Gardiner, 1932) y la filosofía del lenguaje, asimismo inglesas, sobre todo a partir de Ludwig Wittgenstein.

En el *Tractatus*¹¹, de 1922, afirma el filósofo vienés: «La proposición *muestra* su sentido. La proposición, si es verdadera, *muestra* cómo están las cosas. Y *dice que* las cosas están así.» (§4.022). Señala como central este contraste F. Récanati¹², quien ha recordado la muy interesante —y olvidada— *The Theory of Speech and Language*, de Alan Gardiner, que en sus §§ 41, 52 y 60 ha dibujado un contraste equiparable al de Wittgenstein, pero directamente aplicable a la teoría del lenguaje: palabras y frases describen intencionalmente su referencia en el discurso, pero además «implican» —como armónicos— otras informaciones, y esta implicación puede a veces hacerse explícita: «il y a aussi les mots préfixés ou affixés ayant une forme phrastique et montrant les activités du locuteur ou de l'auditeur par rapport à une phrase particulière, par exemple *Épargnez-moi, JE VOUS PRIE*»¹³. Se puede, pues, considerar el uso de expresiones metalingüísticas como «paradoja» como manifestación del par «mostrar/decir» —o «implicar/describir»—; consecuencia, a su vez, del hecho de que el discurso es, tanto como un medio de referirse al mundo, un hecho en sí y parte, por consiguiente, de éste.

Diferenciaremos, pues, entre:

- (1) [Afirmo que] X es una paradoja
- (2) [Afirmo paradójicamente que] X

donde el verbo «afirmo» entre corchetes supone un mero recurso para expresar el carácter de afirmación —la fuerza «ilocucionaria», si se quiere— que ambas frases revisten. «X», en los dos casos, designa el enunciado del que se puede afirmar que es paradójico: recuérdense, como ejemplos, el de F. Schwartz y el de Savater, antes discutidos. En (1), el locutor advierte metalingüísticamente al destinatario del mensaje de la cualidad del hecho referido por el enunciado; en (2) la estructura de éste debe resultar bastante llamativa de por sí para mostrar su propia naturaleza.

Surge aquí una cuestión: ¿qué es lo que un enunciado puede mostrar? La misma forma de la afirmación muestra eso, a saber: que es una afirmación, y, a su vez, ese mostrar indica la intención de quien ha hablado, de su acto de enunciación. Pero entonces, una de las cosas que un enunciado muestra es su carácter figurado, porque éste forma parte de su constitución como tal enunciado y muestra una intención expresiva, «una modalidad enunciativa imagina-

11.- WITTGENSTEIN, Ludwig, *Tractatus Logico-philosophicus*, Madrid, Alianza Editorial, 1973, versión española de E. Tierno Galván.

12.- RÉCANATI, François, *La transparencia y la enunciacón*, Buenos Aires, Hachette, 1981, la ed. francesa es de 1979.

13.- GARDINER, A. H., *Langage et acte de langage: aux sources de la pragmatique*, (trad. de Catherine Douay), Lille, Presses Universitaires, 1989. Es fácil ver en esta doctrina una preformulación de la teoría de los actos de habla de Austin y Searle respecto de los performativos.

ria»¹⁴ por parte del hablante. Ésta se situaría en el mismo plano que el sentido denotativo, con la advertencia de que la aparente primacía de éste último se debe a circunstancias de nuestra cultura: «Mais cette primauté n'est pas inscrite dans le système de la langue qui permet d'exprimer avec les mêmes moyens le vrai, le faux et le fictif»¹⁵. De hecho, la totalidad del lenguaje constituye una figuración del mundo¹⁶, que admite múltiples modalidades entre las cuales se da una relación parafrástica: lo que las figuras muestran se puede parafrasear, aunque la parafrasis no llegará nunca a agotar lo mostrado por la figura en sí.

La conclusión es que, recuperando la amplitud de la concepción aristotélica, y luego de Vico y Gracián, es preciso no disociar el análisis de los enunciados que muestran su configuración paradójica de aquellos otros marcados metalingüísticamente. Unos y otros constituyen casos, articulados según el contraste entre mostrar y decir, del mismo esquema argumentativo paradójico.

c) «Paradoja», «paradójico», «paradójicamente».

Nos hemos referido a estas palabras como a signos que alertan a quien lee o escucha a propósito del enunciado en el cual se insertan. El contexto se va modificando según avanza la lectura — en virtud de la linealidad del discurso—, pero la estructura de la memoria no es lineal, por lo que esas palabras, cuando aparecen, forman contexto para el enunciado a que acompañan, y después de la lectura quedan indisolublemente unidas como predicación metalingüística a la predicación básica a la que se aplican.

Los diccionarios de la R.A.E. y de María Moliner vienen a coincidir en la atribución de significados: a) idea opuesta a la que se tiene por común o general; b) aseveración absurda con apariencias de razonable; c) figura de pensamiento que consiste en emplear expresiones que envuelven contradicción (resuelta en un pensamiento más profundo, añade María Moliner). El significado «a» es el único que registran el *Diccionario de Autoridades* y el de *Covarrubias*. Se trata, para el español, de un cultismo procedente del griego cuyo primer testimonio sitúa Coromina en el *Diálogo de la lengua*.

En realidad, los tres valores significativos que recogen los actuales diccionarios condensan una historia de más de dos milenios y expresan suficientemente la naturaleza de la palabra. El significado «a» parece conservar el uso idiomático griego del que partió Aristóteles; el absurdo del significado «b» se sigue probablemente de la oposición a la opinión común mencionada en «a»; y en cuanto a «c» se reduce a la definición retórica corriente, no más antigua de Crevier¹⁷, pero generalizada a partir de Fontanier. El tránsito de «a» a «c» no es ajeno al asentamiento del formalismo en la tradición retórica: no es nada difícil confundir la

14.- De hecho, se ha procedido ya en ocasiones desde una concepción parecida a la aquí esbozada: en su tipología de sonetos clásicos, entiende G. Berrio por «símil» no la existencia de metáforas ocasionales sino una modalidad expresiva referida a la «globalidad textual íntegra»: GARCÍA BERRIO, Antonio, «Lingüística del texto y texto lírico», *REL*, enero-junio, 1978, pág. 35.

15.- TAMBA-MECZ, Irène, *Le sens figuré*, París, PUF, 1981, pág. 199.

16.- Ya Quintiliano se planteaba que si se toma figura como *qualiscumque forma sententiae, sicut in corporibus, quibus, quoquo modo sunt composita, utique habitus est aliquis* (Inst. Or. IX 1.10), entonces, no hay hablar que no sea figurado (ed. de J. Cousin en siete tomos, aparecida entre 1975 y 1980 en la Col. Guillaume Budé).

17.- CREVIER, M., *Rhétorique française*, París, Saillant y Desaint, dos vols., 1767: «On le définit une figure qui affirme ou nie d'une même chose les deux contraires» (t. II, pág. 255).

opinión general con lo razonable, y lo que a ella se opone con lo contradictorio (pero con ello se salta de lo social e histórico a lo lógico; cfr. el ejemplo de paradoja de Covarrubias: «que es el globo de la tierra el que anda a la redonda»).

En rigor, de lo que es nombre «paradoja» es de una entidad lógica y retórica con la que los hablantes analizan y argumentan, y, desde luego, existe, además de en español, por lo menos en italiano, francés, inglés y alemán, siempre con una forma fónica muy semejante y próxima a la fuente griega, y con un valor semántico similar. Eso parece lo propio de las terminologías, cuyos significados «se conocen en la medida en que se conocen las ciencias y las técnicas a las que corresponden, y no en la medida en que se conoce la lengua»¹⁸. De ahí que, para una óptica estructuralista en sentido estricto, supongo que «paradoja» no debería contar como término metalingüístico, pero sí para un análisis lógico, como el de H. Reichenbach¹⁹, para el cual «paradoja» figuraría como término metalingüístico semántico —junto a «tautología», «contradicción», etc.— aunque tiene también su lado pragmático, en tanto que «sorprendente».

De hecho, en su uso actual, esta familia de palabras parece expresar simultáneamente —recordando una vez más el análisis en niveles de significado de Halliday y Hasan— dos valores:

significado experiencial + significado interpersonal: «sorprendente»
significado lógico: «contradictorio (p y ¬p)»

Donde «p» y «¬p» son lugares vacíos que deberá llenar la proposición expresada por el contexto de «paradoja» o de sus correspondientes adjetivo o adverbio. Que se trate de «paradoja», «paradójico» o «paradójicamente» no resulta distintivo, pues la aserción: «X es una paradoja», se expresa por medio de cualquier categoría gramatical —sustantivo, adjetivo o adverbio— que pueda servir de base a una predicación:

En el seno de la Unión del Magreb Árabe (UMA) las situaciones son, cuando menos, paradójicas. Primera paradoja: el coronel Gaddafi, siempre dispuesto a abrazar las causas nacionalistas y a denunciar el «imperialismo norteamericano», ha dado muestras hasta el momento de una considerable moderación [prosigue dando razones para esa moderación].

(BALTA. Paul, «Fiebre en el Magreb», *El País*, 16-II-1991)

Lo curioso del caso es que el movimiento pacifista no parece tener claros sus objetivos. Organiza manifestaciones ante las bases norteamericanas y británicas, denuncia a las empresas que vendieron material bélico al régimen de Sadam Husein, pero se olvida de lo que realmente está haciendo el Gobierno de Bonn. Porque, paradójicamente, lo cierto es que, aparte de no enviar tropas, la contribución de Bonn al esfuerzo bélico aliado es de primera magnitud.

(*El País*, 29-I-1991)

El ejemplo con adverbio se puede parafrasear como:

[afirmo que] es paradójico que sea cierto que ...

18.- COSERIU, Eugenio, *Principios de semántica estructural*, Madrid, Gredos, 1977, pág. 98.

19.- REICHENBACH, Hans, *Symbolic Logic*, Nueva York, Macmillan, 1966, págs. 344-354 (la primera edición es de 1947).

Por consiguiente, el significado adverbial se aplica a la afirmación enunciada en este caso, la certeza de que el Gobierno de Bonn contribuye a la guerra y la predicación se establece como en los otros casos.

Examinemos ahora un nuevo ejemplo:

El ministro español de Interior, José Luis Corcuera, defendió en la conferencia una posición común a diversos países occidentales asistentes, según la cual el problema de la emigración del Este debe solucionarse, fundamentalmente, mediante la «cooperación política y económica» con las naciones exportadoras de mano de obra. «La situación de los países occidentales no permite el desarrollo de una emigración de carácter permanente», señaló. Corcuera destacó el paradójico incremento registrado en España de solicitudes de refugio o asilo por parte de ciudadanos de países del Este tras la liberalización de sus regímenes

(*El País*, 25-I-1991)

Aplicando la interpretación de «paradójico» como «p y \neg p»:

«p»: liberalización política -> (permanencia en el propio país)

« \neg p»: liberalización política -> incremento de solicitudes de asilo, contrario a la permanencia esperable

La paradoja consiste en enunciar un juicio y su negación, pero con la peculiaridad de que la consecuencia del juicio no es explícita: a la vista del «incremento de solicitudes» y de un conocimiento extralingüístico, ideológico, el lector infiere que ha sucedido algo que niega lo esperable, lo esperable desde la óptica del locutor, naturalmente. Pero la interpretación propuesta no valdría menos para un enunciado como: «Corcuera destacó el incremento registrado en España de solicitudes de refugio o asilo por parte de ciudadanos de países del Este tras la liberalización de sus regímenes» (perfectamente aceptable sin «paradójico»). ¿Qué aporta, entonces, la presencia de este adjetivo? Justamente, es él el que añade a la frase un supuesto formulable aproximadamente como:

«[incremento de solicitudes...] en vez del incremento de la permanencia en sus países, que era lo coherente y esperable, supuesta la liberalización...»

Es decir, que igual que: ¿quién ha venido? presupone necesariamente la venida de alguien, la aserción de que «X es paradójico» presupone, con igual necesidad, que « \neg p X es coherente». Presuposición que se compone de dos miembros: a) la negación de lo afirmado como paradójico: «en vez del incremento de la permanencia...»; b) la justificación de tal negación mediante el primer juicio: «liberalización» -> «permanencia». Justamente, este juicio es la noción de «sentido común» que la paradoja disuelve para resaltar una convicción nueva, y sin duda es a este paso al que se refirió Vico en su análisis: la paradoja procede a partir del error en el que el auditorio se encontraba. Nótese que, sin «paradójico», el enunciado seguiría siéndolo, pero de un modo, digámoslo así, desvaído: probablemente, un lector interrogado al respecto contestaría que estábamos ante un hecho paradójico, pero habría que preguntárselo, no lo apreciaría espontáneamente por sí sólo; he ahí el lado pragmático del término: de subrayado, que convierte una frase que pudiera pasar desapercibida en arma dialéctica. Así que la función de «paradójico» recuerda a la de los llamados «activadores negativos»²⁰

20.- BOSQUE, Ignacio, *La negación en español*, Madrid, Cátedra, 1980, pág. 26.

respecto de la negación: dispara el esquema de la contradicción; y con ese nombre, «activadores», designaremos desde ahora a los términos metalingüísticos.

Volvamos ahora a otros ejemplos que arriba propusimos. ¿Qué paradoja hay en que el coronel Gaddafi diera muestras de moderación? Otra vez es un enunciado «lagunar»²¹, en el que se establece una implicación cuyos -aquí dos- últimos pasos no están explícitos:

«nacionalismo y antiimperialismo -> (radicalismo -> apoyo a Sadam Husein)»

En la medida en que estamos ante un auténtico razonamiento, pero incompleto y tal vez no muy preciso, viene a las mentes la concepción aristotélica de «entimema», el silogismo «rebajado» propio de la retórica. Pues bien, supuesto tal encadenamiento, el lector que recuerda «primera paradoja» y que lee «ha dado muestras... de... moderación», presupone algo así como «moderación que niega lo esperable: el apoyo a Sadam Husein»; pero esperable de acuerdo con la implicación que el locutor supone hubiera inferido cualquiera: justamente lo que el locutor hace es negarla.

Semejante análisis admite el otro ejemplo. La frase «aparte de no enviar tropas» apela al argumento implícito «p»: «contribuir a la guerra implica enviar tropas», para afirmar «p»: «Bonn contribuye a la guerra sin enviar tropas». Como en el caso anterior, un sobreentendido permite condensar toda una cadena argumentativa, que el locutor selecciona —de entre las posibles proporcionadas por una «tópica social»— como hipotético argumento contrario al suyo propio, para luego disolverlo mediante una negación —en este ejemplo, explícita—, que conduce a un conocimiento de la realidad que él asume como más preciso.

El esquema a que se ajustan los textos citados, es, pues, el mismo, aunque sea diversa la complejidad de aquellos, diversidad, que, de todos modos, se explica sin problemas. En efecto, en nuestra cultura, y hablando de los países del Este, «liberalización» reviste un significado inequívoco y suficiente para establecer la paradoja. Por el contrario, se precisa una caracterización política del coronel Gaddafi —la frase de participio «siempre dispuesto...»—, sin la cual nada de sorprendente ni contradictorio revestiría el hecho de su no participación en la guerra. Asimismo, sin el inciso «aparte de no enviar tropas», el sentido del otro texto variaría sustancialmente.

Ahora bien, ¿estamos —en todos los ejemplos— ante contradicciones lógicas? Respecto de aserciones como «el radicalismo implica apoyo a Sadam Husein», «contribuir a la guerra supone enviar tropas», o «la libertad política debe detener el exilio», hemos hablado de presuposiciones porque sólo presuponiéndolas tiene sentido afirmar que sus negaciones constituyen paradojas. Ahora bien, la relación entre éstas y los términos que presuponen no es lógica, ni pragmática, sino empírica: no está en juego aquí la relación entre los signos, o entre éstos y sus usuarios, sino la referencia de éstos últimos al mundo extralingüístico. El destinatario de los mensajes presupone tales asertos recurriendo a un determinado conocimiento de la historia inmediata y desde su propia pertenencia a una ideología predominante en el llamado mundo occidental²². Pues bien, tratándose de formulaciones de este tipo, podemos afirmar

21.- SPERBER, Dan, «Rudiments de rhétorique cognitive», *Poétique*, 23, 1975, pág. 398.

22.- No se trata de esa distinción tan frecuente entre conocimiento lingüístico y conocimiento del mundo, porque lo que aquí está en juego, más que un conocimiento, es una serie de creencias y valores como: cualquier radicalismo es malo, el nacionalismo tiende al radicalismo, etc., en una palabra, una ideología.

con Perelman²³ que más que de contradicción se trata de incompatibilidad. Es cierto que tenemos la negación de un juicio por otro, pero la negación consiste aquí en enfrentar un comportamiento político de hecho con el que, según el analista, cualquiera esperaría en función de la historia anterior y el «sentido común»; todo depende, así, de cuestiones contingentes y de una lógica de lo verosímil, no de causas estrictamente formales.

Pero hay más: ¿qué es lo realmente afirmado en los ejemplos vistos? Se ha levantado acta de tres hechos, a saber: que el coronel Gaddafi no ha apoyado a Sadam Husein; que la emigración de los países del Este no ha cesado, a pesar del hundimiento de sus regímenes; y que el Gobierno de Bonn apoyaba con todas sus fuerzas al bando aliado, a excepción del envío de tropas. Las aseveraciones inversas a tales negaciones no se han afirmado, sólo quedan sugeridas: su autoridad, su estatuto discursivo, no resultan, pues, comparables. Ahora bien, ¿por qué el antiimperialismo debería siempre llevar a la guerra, la gente huir de sus países sólo por causas políticas y no por la miseria, o la ayuda económica y logística no constituir una forma directa de participación bélica? Tal parece que los locutores presuponen como esperables por cualquiera y evidentes de por sí asertos que distan de ser evidentes y de los que cualquiera que se detuviera un momento dudaría razonablemente. En otras palabras, al par que destacan como sorprendentes ciertos hechos, sugieren unos enemigos dialécticos que saben van a vencer, con lo que reafirman su autoridad argumentativa.

d) Paradojas mostradas

En vez de activadores y presuposición incompatible con lo enunciado de hecho, éstas afirman expresa y sorprendentemente— dos enunciados incompatibles. Aunque no son en absoluto privativas del lenguaje literario, en él se registran los ejemplos más recordados: no hace falta decir que casi sólo de éstas se ocupan, cuando lo hacen, las retóricas más usuales.

Sim embargo, si nos mantenemos en la concepción amplia que venimos manejando, las cosas no son tan sencillas. Pues hay que reconocer que a ejemplos como el de arriba, dedicado a Alfonso Guerra, se le puede anteponer una frase como «es paradójico que...». Veamos otro ejemplo:

Cuando íbamos a la escuela se nos decía reverencialmente que el saber no ocupa lugar. Al cabo de los años vamos descubriendo que uno de los lugares menos ocupados por el saber es la escuela, por obra y gracia de las supersticiones contumaces de la Pedagogía, que es una de esas ciencias fantasmas que tanto prestigio cobraron en los años setenta, como la sociología y la psicología y la comunicología, por no hablar del estructuralismo, aquella jerga tan francesa y tan árida que tenía la virtud de volverlo todo indescifrable.

(MUÑOZ MOLINA, Antonio, «La exaltación de la ignorancia», *ABC*, 22-XII-1988)

El ejemplo tiene la virtud de permitir apreciar bien la transición entre lenguaje literal y figurado, o, dicho de otro modo, entre paradojas «dichas» y «mostradas». En efecto, admitiría —como apuntábamos— la anteposición de algo así como «[es paradójico que] uno de los lugares menos ocupados por el saber sea la escuela, por obra y gracia...», lo cual atestigua bastante su cualidad de paradoja. Pero esta cualidad no se pierde sin el añadido, aunque, in-

23.- PERELMAN, Chaïm, OLBRECHTS-TYTECA, Lucie, *Traité de l'argumentation*, Éditions de l'Université de Bruxelles (5.^a ed., primera de 1958), 1988, pág. 263.

dudablemente, la frase «uno de los lugares menos ocupados por el saber es la escuela» exige una justificación contextual —que el autor añade mediante un desarrollo irónico—, sin la cual su propia concisión dejaría al lector sin criterios interpretativos.

¿Qué es lo que separa, entonces, las paradojas mostradas de las dichas? No sólo la concisión de aquéllas, que, al aproximar términos explícitamente incompatibles, primero, llama la atención sobre la peculiaridad del enunciado en sí, y, segundo, exhibe una particular tensión en la enunciación: cuando la frase paradójica precisa de justificación contextual, necesariamente su intensidad se diluye. Por consiguiente, es necesario que la paradoja se sostenga —valga la expresión— sola, privada de desarrollo explicativo alguno, lo que sólo es posible si apela a nociones suficientemente tópicas y consabidas en el ámbito de la cultura:

El juego de Guerra, confesando ahora cosas asombrosas (nada asombra tanto como lo que ya sabíamos) es de doble dirección: publica a su amigo Felipe de vendido a los poderes fácticos o fuerzas armadas de la Prensa y el dinero, y al mismo tiempo inicia campaña y cruzada para liberar al presidente de esos poderes que le tienen secuestrado.

(UMBRAIL, Francisco, «El secuestrado», *El Mundo*, 6-II-1992)

El contenido del paréntesis ilustra la línea de argumentación general, pero reviste un carácter de máxima que lo independiza del contexto. Por lo demás, el mecanismo no es diferente al de otros enunciados examinados: «asombra» presupone «algo nuevo», que es lo negado por «ya sabíamos». No hace falta decir que hay paradoja: la proximidad contextual entre los términos citados lo muestra; hay referencia, pero exterior al paréntesis.

Y, como prueba suplementaria, acudamos a los ejemplos de *paradoxisme* aportados por Fontanier. Menos dos, todos —y hay más de veinticinco— ocupan un solo verso, acompañados de brevísimas explicaciones, porque versos como: «Pour réparer des ans l'irréparable outrage» o: «Souvent trop d'abondance appauvrit la matière»²⁴, sin duda se explican solos.

En los casos discutidos en el apartado anterior —acompañados de activadores— se establecían implicaciones basadas igualmente en tópicos, o en el «sentido común», pero para contrastarlas con los hechos sorprendentes realmente afirmados, con lo cual lo realzado era la referencia extralingüística, que obligaba a disolver aquellas implicaciones. Ahora, por el contrario, o no hay tal referencia, o si la hay en la ficción —los personajes y situaciones de Racine, de quien espiga Fontanier sus ejemplos— siempre se reconoce en el fondo esa tópica social a que aludimos. De modo que el lenguaje, que resultaba transparente para enviar a los hechos, se vuelve aquí más opaco. Pero, entonces, lo que separa los dos tipos de paradojas no son factores puramente lingüísticos, sino además pragmáticos, referenciales, y también sociales, históricos...; si bien, con un denominador común, que permite reunir unos y otros tipos bajo una misma rúbrica, en la medida en que todos muestran «la ecuación orientada de dos proposiciones desemejantes»²⁵, una de las dimensiones en que se apoya el sentido figurado.

Nos referiremos ahora en particular a las paradojas mostradas, —esto es: figuradas—, condensadas o seguidas de justificación. Facilitará el examen de los diversos tipos registra-

24.- Todos los subrayados son del autor. FONTANIER, Pierre, *Les figures du discours*, París, Flammarion, 1977, págs. 137-141.

25.- TAMBA-MECZ, op. cit., pág. 189.

dos, la discusión de los trabajos de Neal R. Norrick²⁶, quien, en el ámbito de la teoría de los «marcos de referencia» (*frames of reference*), propuso un análisis de las paradojas en tres mecanismos básicos y un tipo complementario.

Norrick distingue tres «estrategias»:

la que procede separando marcos de referencia: «We regularly apply this strategy to statements like 'Sue's both right and wrong' to get a consistent interpretation, such as 'Sue is right theoretically and wrong practically'»;

la que procede «promediando (*averaging*) opuestos»: «when we take a statement like 'It's raining and it's not' to mean 'It's just barely raining', and hence 'It's drizzling'»;

la que procede modificando un término: «We all employ this third strategy to find consistent interpretations for statements like 'Al is thirty-five going on twenty', when we alter the second term to 'acts like he's twenty'».

El autor considera, además, un tipo propio de algunos proverbios e irreductible a los anteriores, que ilustra mediante: «Nothing is permanent but change», y cuyo paradigma sería la clásica paradoja del «mentiroso», a la que habremos de referirnos.

La teoría de Norrick se refiere exclusivamente a las paradojas «mostradas», se apoya en un corpus de «conversación natural», y se orienta hacia el estudio del humor y el juego de palabras. De modo que cabe la observación de que, al prescindir de un marco más amplio, argumentativo, restringe excesivamente sus análisis, que nosotros probaremos a extender a los ejemplos que venimos considerando.

De entrada, hemos de matizar una de sus conclusiones: «All the evidence so far suggests that the clash of meanings in the paradoxes themselves must determine which strategies apply, and not the identity of the speaker and hearer, or context, or topic of discussion»²⁷. Si admitimos en la clase de las paradojas las acompañadas de activadores — y que nadie, que yo sepa, se haya referido a ellas, no prueba sino una carencia de la teoría— se comprueba que, a diferencia de las «mostradas», no se reparten entre las estrategias citadas «with no noticeable differences». Antes bien, muy al contrario, todas proceden separando marcos de referencia. Recordemos, en todas se enfrentaba la expresa aseeración de un hecho con una implicación esperable de acuerdo con el «sentido común»; no cabe ahí variación en la interpretación de un término, ni mediación alguna, sólo la negación de que, por ejemplo, haya disminuido el número de personas que abandonan los países del Este, rechazada por haber demostrado ser, aunque esperable, falsa, en vista de que ese número crece a pesar de la liberalización política de esos países. Creo que esta táctica argumentativa corresponde a la aludida separación de marcos de referencia: noción tópica frente a hecho afirmado por el locutor. Ahora bien, ¿qué significa «marcos de referencia»? Ya vemos que, al menos en el primer tipo comentado, se trata de dos realidades de estatuto teórico dispar: implicación frente a aseeración; y que esta táctica de resolución no es independiente de tres hechos: la existencia de referencia — ella define la diferencia entre implicación y aseeración —, el contexto general argumentativo y la afirmación de la autoridad argumentativa del locutor.

26.- NORRICK, Neal R., «From wit to comedy: Bisociation and intertextuality», *Semiotica* 67, 1/2, 1987; «How Paradox Means», *Poetics Today* 10: 3, 1989, págs. 553-558.

27.- Op. cit., págs. 557-558.

PARA UNA RETÓRICA DE LA PARADOJA

Donde sí parece cumplirse la presencia indistinta de los tres procedimientos aislados por Norrick es en las paradojas mostradas:

La 12.^a marcha a Torrejón, prevista para el próximo domingo, «exigirá el uso civil» de la base madrileña, según anunció ayer Manuel Gari, portavoz de la Comisión Anti-OTAN, una de las 43 organizaciones convocantes del acto. Gari justificó la celebración de la marcha, tras la salida de los últimos cazas F-16 de Torrejón, el martes, subrayando que «los americanos se van pero se quedan», ya que continuarán en Rota (Cádiz) y Morón (Sevilla) y podrán regresar a Madrid «en cualquier momento».

(*El País*, 27-III-1992)

Un caso como éste²⁸ entra, sin duda, en la táctica de «promediar» opuestos, con la peculiaridad de que tal mediación no se deja a cargo del lector, sino que el locutor que refiere el discurso de un enunciador ajeno, añade a la paradoja «se van pero se quedan» la correspondiente explicación del enunciador: irse pero quedarse supone abandonar unas bases pero no otras, y por consiguiente, no irse del todo. ¿En qué consiste, en realidad, este tipo? En todos los ejemplos registrados tenemos antónimos y parece indiferente bajo cuál de sus formas posibles: los hay no graduables, es decir, contradictorios (el «pensar sin pensar» de los obispos de Savater: irse/quedarse), graduables (el incremento o disminución de los que huyen de sus países), o inversos²⁹. No encontrando el lector un hiperónimo claro que abarque y concilie los dos términos enfrentados, «promediar», en realidad, es construir un tercer término que suponga la modificación parcial del que se acepte como positivo. A veces la lengua ofrece al lector una pieza léxica que cubre esa necesidad: en el ejemplo de Norrick, «llover y no llover» se resuelve mediante «lloviznar»; cuando no, «pensar sin pensar» será un modo de pensar (pornográfico, morboso, etc.); «irse y quedarse» será un irse parcial, un modo de quedarse. Así que, lo que aquí tenemos es la utilización argumentativa de un recurso semántico de estructuración del léxico.

El tercer tipo de Norrick recurría, para la interpretación, a modificar uno de los términos, lo que puede hacerse mediante el sentido figurado:

En la clásica novela de Arthur Koestler *Darkness and Noon*, que trata de los procesos de Moscú de los años treinta, hay un momento crucial cuando el principal acusado, Rubashov... está ya a punto de rendirse, aunque aparenta seguir resistiéndose. Ivanov, el interrogador del NKVD... le propone a Rubashov que comprenda su propia situación en los siguientes términos. Por supuesto, nadie cree de verdad — observa Ivanov refiriéndose a los círculos internos del partido— el que Rubashov, un antiguo revolucionario, sea en realidad un traidor. Pero la revolución había sufrido terribles reveses y necesitaba víctimas propiciatorias. Si Rubashov asume la desagradable tarea de convertirse precisamente en esa víctima propiciatoria, éste será su último servicio al partido. Después de la victoria, los analistas de la revolución reconocerán su gran sacrificio.

(HEILIGER, Agnes, «El último servicio de Stalin al partido», *El País*, 20-I-1992)

28.- No carece de interés recordar el último terceto del soneto 19 de *El rayo que no cesa*: «Me voy, me voy, me voy, pero me quedo./pero me voy, desierto y sin arena:/adiós, amor, adiós, hasta la muerte». El esquema — la figura — es idéntico, y las diferencias se explican por ser un soneto, por el contexto, etc.

29.- LYONS, John, *Semántica*, Barcelona, Teide (trad. de Ramón Cerdá), 1980 (la ed. original inglesa es de 1977), págs. 254-263.

La paradoja contenida en el argumento de Ivanov contra Rubashov es evidente: el último servicio del revolucionario al partido consistirá en convertirse en traidor; y la resolución, indicada por aquél, también es clara: el segundo término de la contradicción, «traidor», modifica su semántica para convertirse metafóricamente a los ojos de interrogador e interrogado en «víctima propiciatoria». Así, la incompatibilidad desaparece, ya que se será simultáneamente traidor para unos y víctima en el fuero interno para otros. El recurso a la metáfora constituye, pues, aquí la clave interpretativa, con la única particularidad de que, lo que en los ejemplos de Norrick se construye mediante implicaciones, aquí es propuesto explícitamente por el enunciador como parte del propio argumento.

Sintetizando lo expuesto, reconocemos en las paradojas mostradas los tres primeros tipos de Norrick, aunque puntualizando que sus estrategias consisten en la utilización con fines argumentativos de recursos semánticos habituales. Pero aquéllas no son independientes del contexto y la referencia, y con más amplitud, del mecanismo general de la semiosis: construir una interpretación verosímil en el cuadro de un conocimiento del mundo y de la pertenencia a una cultura es lo que fuerza al destinatario del mensaje a separar «marcos de referencia», promediar opuestos o modificar el sentido de un término. Ahora bien, como hemos comprobado, en el caso de las paradojas acompañadas de activadores, la primera de las estrategias de Norrick es la única que actúa.

e) *El círculo vicioso*

Como recordaremos, había un último tipo, ejemplificado por enunciados como «nada es permanente sino el cambio», de muy dudosa —acaso imposible— resolución, que exhiben en su estructura ese tipo de paradojas que tanto quehacer ha dado a lógicos y filósofos en la Grecia clásica, la Edad Media y el presente siglo, las tres grandes épocas de la reflexión teórica sobre estos problemas.

Las paradojas semánticas son muy numerosas, pero las más conocidas son:

Epiménides, que es cretense, dice que los cretenses mienten siempre; entonces ¿dice la verdad o miente?³⁰. Como es cretense y mentiroso, su aseveración debe ser falsa, pero entonces, los cretenses no mienten siempre, y él no es cretense; pero, en ese caso, ha dicho la verdad, y entonces...

o en la versión condensada: ¿si yo digo que miento, digo la verdad o miento? Si digo la verdad, es mentira que miento; si miento, digo la verdad, pero entonces no miento, y es mentira lo que digo...

Nos interesa recordar los mecanismos internos de las paradojas «sui-falsificadoras»: son

30.- Tomo la formulación de KOYRÉ, Alexandre, *Épiménide le menteur*, París, Hermann et C.^e Éditeurs, 1947. Este argumento ha conocido otras versiones, que ayudan a penetrar en su estructura lógica:

-- la versión formalizada de Lukasiewicz: sea «p» el enunciado «este enunciado es falso». Si es falso, lo verdadero es la negación de lo que dice, y por tanto, si «p» es falso, «p» es verdadero; pero si «p» es verdad, será verdadero lo que dice, y entonces, si «p» es verdadero, «p» es falso;

o, todavía, en la forma de los lógicos medievales: *Si quis dicat se mentire, an mentiat seu verum dicat?*

auto-referenciales, predicán su propia falsedad y engendran un razonamiento indefinido que va de lo verdadero a lo falso para volver a lo verdadero, y así sin límite³¹.

Pues bien, si cabe clasificar con Godart-Wendling las paradojas semánticas en emparetadas directa e indirectamente con la del mentiroso, y éstas últimas en paradojas de totalidades ilegítimas y de violación de leyes internas, enunciados como los citados por Norrick entrarían en el último grupo. En efecto, la contradicción interna entre el contenido semántico del sujeto («nada sino el cambio») y el predicado («es permanente») provoca que estos enunciados constituyan una violación de la ley – una única ley fundamental – que ellos mismos pretenden imponer³². *Graffiti* como el famoso «prohibido prohibir» entran sin dificultad en esta clase. Desde un punto de vista retórico, estas frases presentan a veces la apariencia concisa e indiscutible de las máximas que pretenden expresar una sabiduría proverbial, y si se citan, es tanto en apoyo de la propia argumentación como para demostrar la agudeza de quien las formula. Y desde un punto de vista gramatical con frecuencia se apoyan en la combinación de formas nominales y verbales de la misma base léxica.

Naturalmente, lógica y retórica no se superponen y podemos encontrar casos que guarden una semejanza formal con los anteriores, pero de dudosa adscripción a este tipo:

Felipe González: «Cuando los corruptos dicen que hay corrupción es que se están tapando» [titular]

...

Felipe González dijo sentir una repugnancia casi ilimitada ante quienes en vez de defender el nombre de nuestro país hacen declaraciones de denuncia de la corrupción, «y yo sé que son corruptos». «Cuando los corruptos dicen que hay corrupción es que se están tapando. Es una infamia decir que hay una corrupción generalizada, aunque a veces lo digan aquéllos que han paseado un dictador bajo palio», añadió.

(*Diario de Cádiz*, 20-I-1992)

En el cuerpo del texto resultaba claro que ese «los corruptos» genérico apuntaba claramente a cuantos, fuera del PSOE, hablaron de corrupción, pero en el titular la frase reviste ese estilo lapidario propio de proverbios, máximas y refranes, obligados a prever un cierre textual para lograr el carácter memorable que les es propio³³. Es claro, además, que el juego etimológico «corruptos/corrupción» recuerda al círculo vicioso. Sin duda, podría haber en la frase en cuestión una cierta reflexividad, puesto que, denunciando los corruptos la corrupción, a primera vista quedarían ellos incluidos en la denuncia, lo que contradice la noción implícita «de sentido común» de que el delincuente no se autoinculpa; pero el segundo miembro aclara que se trata de una táctica hipócrita (otra vez el «decir/hacer» aristotélico). Por otra parte, no se produce aquí ese vaivén indefinido de lo verdadero a lo falso propio de los ejemplos más conspicuos del círculo vicioso. De modo que hay en la declaración de González paradoja, pero faltan la reflexividad de la frase sobre sí misma y la progresión indefinida de lo verdadero a lo falso y viceversa, que son las dos propiedades características

31.- GODART-WENDLING, Béatrice, *La vérité et le menteur. Les paradoxes suifalsificateurs et la sémantique des langues naturelles*, París, C.N.R.S., 1990, pág. 32 y sigs.

32.- Op. cit., pág. 28.

33.- LÁZARO CARRETER, Fernando, «La lengua de los refranes. ¿Espontaneidad o artificio?», *Estudios de lingüística*, Barcelona, Crítica, 1980 (primero publicado en *Homenaje a D. Samuel Gili Gaya*, Barcelona, Vox, 1979), pág. 222.

del tipo aludido. Lo que no quita a la frase, dicho sea de paso, su eficacia dialéctica, que se beneficia de la semejanza, de un lado, con los proverbios, de otro con el círculo vicioso.

La cuestión ahora es: ¿agota la suma de los tipos anteriores las posibilidades de aparición de paradojas? Examinemos un nuevo ejemplo:

Llegado el caso, el Supremo Juez me permitirá que me reponga de la impresión que su existencia me habrá producido, me mostrará la tabla de sus mandamientos y me dirá:

—Tú mismo. (Espero que me diga «Tu mateix».)

...

¿Me críticas?

—Lejos de mí tal pretensión. Si no he creído en vos ha sido precisamente para no tener que criticaros. Bueno, para no tener que criticar lo que decían de vos vuestros administradores terrenales. Ahora que sé que existís, me inclino a pensar que le dejasteis el sexo al diablo para que hubiese un poco de juego, como si le hubieseis dado una ventaja de dos hoyos o de 10 carambolas.

(MARQUÉS, Josep-Vicent, «Sólo para católicos», *El País semanal*)

La paradoja consiste en que se dialogue con aquél cuya existencia se afirma no creer. Aquí se juega con otra forma de presuposición, la existencial, establecida por Frege en su conocido artículo *Sobre sentido y referencia*: «cuando se afirma algo se sobreentiende siempre como supuesto que el nombre propio usado, simple o compuesto, tiene un significado»³⁴. Así que el empleo de «vos» supone la convicción de que hay alguien a quien así se designa, y eso es tan indiscutible que el autor precisamente juega con ello: «si no he creído en vos...» Parecido mecanismo se puede comprobar en este otro ejemplo, que citamos para demostrar que el tipo vale no sólo para enunciados de repercusión, digamos, teológica:

El exabrupto del ministro Corcuera contra los intelectuales, lejos de ser agua pasada, deja en el aire interesantes preguntas: ¿qué es un intelectual?, ¿para qué sirve?, ¿es bueno o malo ser intelectual? Y yendo más lejos: ¿existen los intelectuales, dado que casi nadie se presenta así y no vienen en las páginas amarillas?

...

Todo está bastante claro. Si ante un problema no sabes resolverlo eres un ignorante. Si sabes resolverlo, eres un experto. Si sabes explicar por qué lo resuelves así, eres un científico. El intelectual es una persona que pregunta por qué le plantean ese problema y no otro, por qué se lo plantean así o cuáles son los verdaderos problemas. Si quien ha puesto el problema es el poder —cuya misión parece no ser tanto resolver los problemas como controlar qué problemas se plantean y cuáles no—, el intelectual se convierte en intelectual comprometido. Pero no lo sabrá seguro hasta que el poder no le insulte. Gracias al señor Corcuera somos efectivamente intelectuales.

(MARQUÉS, Josep-Vicent, «Ser o no ser intelectual», *El País*, 16-XI-1991)

Pues bien, creo que el tipo que comentamos está emparentado con las paradojas de violación de leyes internas arriba tratadas, aunque, claro está, con diferencias: aquí la ley quebrantada, no siendo establecida por el enunciado paradójico, no varía con él, sino que es la

34.- Versión española en *Escritos lógico-semánticos*, Barcelona, Tecnos, 1974, págs. 42-43. Advierto que los traductores, Carlos R. Luis y Carlos Pereda, traducen por significado el término alemán *Bedeutung*, que otras traducciones vierten por referencia.

misma para todos: se trata siempre de esa presuposición existencial del nombre, «propio» en la terminología de Frege, nombre sin más, para nosotros, con tal de que se encuentre en un acto de habla de intención designativa o referencial. Nótese, por otra parte, que este tipo de paradojas no se deja reducir a ninguno de los anteriores, por lo que podemos considerarlo como tipo específico.

Diremos, pues, que aceptamos con Norrick la existencia de un tipo de paradojas que se relaciona con las clásicas de la lógica y la filosofía del lenguaje; puntualizamos que se trata de paradojas de violación de leyes internas; y añadimos un subtipo, emparentado con éste, que juega con la presuposición existencial — en el sentido de Frege— del nombre.

f) Los útiles de la contradicción

Un repaso a nuestro corpus nos permitirá una ojeada a los útiles de que se sirve el esquema de la paradoja y discutir algunos aspectos que merecen más atención:

- a) activadores: «paradoja» y sus derivados,
- b) términos lingüísticos,
- c) la referencia,
- d) la presuposición existencial,
- e) el tópico (en sentido aristotélico): decir/hacer.

La presencia de los activadores se da siempre en el lenguaje argumentativo —aunque también se registren en éste paradojas mostradas— y es índice de modalidad literal. En estos casos, como vimos, el locutor apela a una tópica social que juzga ajena, para refutarla con hechos.

Ya que contrastamos las paradojas «mostradas» con las «dichas» en función de su comportamiento respecto de la referencia, digamos que venimos entendiendo por tal el hecho de que un texto o un enunciado se interpreten por relación a un proceso, situación o estado de cosas que se encuentran fuera del propio texto, tanto si son de naturaleza lingüística como extralingüística.

Pues bien, en el corpus examinado, la aparición de los activadores, marcas de la paradoja, va ligada en todos los casos a la existencia de una referencia empíricamente comprobable. Activadores, argumentación y referencia van unidos en todos los casos registrados, sin duda porque no tiene objeto argumentar si no es con vistas a una práctica, inmediata o mediata, del tipo que sea.

¿Cuál es la diferencia en los casos sin activadores? Recordemos, por un momento, un ejemplo de éstos frente a uno de los anteriores: los americanos, que, al abandonar Torrejón, «se van pero se quedan», frente al coronel Gaddafi que, contra lo esperable, no apoyó a Sadam Husein. Lo que en este caso se afirma es, de acuerdo con la realidad empíricamente comprobable, que Gaddafi no apoyó a Sadam. Si referencia y valor de verdad tienen alguna relación, no cabe duda de que la frase es verdadera, y que esa verdad se alcanza directamente, como correspondencia entre el enunciado y los hechos. Ahora bien, ¿es lo mismo para el otro caso? Sin duda, los americanos han abandonado la base de Torrejón, pero ¿autorizaría eso a declarar falsa la frase real e históricamente pronunciada por Manuel Garí, portavoz de la Comisión anti-OTAN, el 26 de marzo de 1992, y recogida en *El País* del día siguiente? Y nótese que no es lo mismo el hecho histórico de la salida de los americanos y el hecho de

habla, asimismo puntual e irreplicable, de la frase pronunciada al respecto, que, por ejemplo, las expresiones abstractas: «los americanos se van pero alguien dice: 'se van pero se quedan'». De aquélla, un receptor bienintencionado diría que corresponde a un cierto modo de ver los hechos con el que se puede estar o no de acuerdo. Carecería de sentido plantear la cuestión de su verdad como acuerdo con los hechos, al margen de la perspectiva ideológica del locutor y la modalidad expresiva figurada. En otras palabras, la referencia es aquí indirecta: no remite al hecho de que los americanos se hayan ido, sino a un modo de ver este hecho condicionado por un contexto ideológico implícito. De lo que no se infiere que las paradojas «dichas» sean, en cambio, ideológicamente neutrales: revela en éstas la posición del autor lo que él escoge como hecho indiscutible frente a lo que deja como implicación.

En nuestros análisis anteriores hemos hablado con frecuencia, sin rigor alguno, y ahora mismo acabamos de hacerlo, de sobrentendidos, presuposiciones o implicaturas, es decir, de partes del sentido no explícitas, pero imprescindibles para la construcción del sentido completo. Recordando el análisis de Grice³⁵, estamos ante «implicaturas conversacionales», término que puede recubrir cómodamente cuantas suposiciones hemos necesitado para interpretar nuestros ejemplos.

Grice distingue frente a las implicaturas conversacionales, otras, a las que denomina convencionales, ejemplo de las cuales es: «If I say (smugly): 'He is an Englishman; he is, therefore brave'»³⁶. Mientras que, como ejemplo de las primeras: «Suppose that A and B are talking about a mutual friend, C, who is now working in a bank. A asks B how C is getting on in his job, and B replies, 'Oh quite well, I think; he likes his colleagues, and he hasn't been to prison yet'»³⁷. Me parece claro que nuestros ejemplos no son ni tan convencionales como el del inglés, que por serlo, es valiente, ni tan particulares como el del que trabaja en el banco, que requiere, arguye Grice, conocer a C para decidir su interpretación.

Ambos tipos se oponen polarmente: uno corresponde a la conversación privada entre particulares, en teoría impredecible; el otro a ese conjunto de creencias sociales casi ritualizadas. Ahora bien, no sólo es posible encontrar no pocas convenciones y tópicos en la conversación particular, sino que entre ella y ese hablar casi ritual hay un amplísimo margen en la sociedad para un lenguaje que el formalismo de la teoría de Grice le impide considerar, por ejemplo, todo el recogido en la prensa diaria de la que procede nuestro corpus. Las palabras y frases de ese lenguaje están parcialmente determinadas por factores que son: a) de naturaleza ideológica, es decir, ideas sobre la sociedad y valores sociales que responden a formas diversas de ver el mundo; y b) supraindividuales, ya que sólo los grupos o clases sociales llegan a configurar ideologías.

Pues bien, puesto que establecer la referencia de los enunciados paradójicos resulta operación inseparable de la recta interpretación de las implicaturas conversacionales, el contraste a esta luz de las paradojas dichas y las mostradas puede contribuir a revelarnos un nuevo aspecto de su naturaleza.

Como es sabido, el intercambio conversacional se rige, según Grice, por un «Principio de Cooperación», que se descompone en cuatro categorías de inspiración kantiana, de «canti-

35.- GRICE, H. P., «Logic and Conversation», *The Philosophy of Language*, Ed. by A. P. Martinich, Oxford University Press, 1985 (primero publicado en *Syntax and Semantics*, vol. 3, ed. by Peter Cole and Jerry L. Morgan, Nueva York, Academic Press, 1975).

36.- Op. cit., pág. 161.

37.- Op. cit., pág. 160.

dad» (que vuestra contribución sea tan informativa como se requiera pero no más); «cualidad» (no digáis lo que creáis falso); «relación» (sed relevantes); y «manera» (evitad la oscuridad, ambigüedad, prolijidad...).

Podemos prescindir aquí de la interminable discusión crítica a propósito de las máximas de Grice y fijarnos simplemente en que, desde un punto de vista pragmático, las paradojas «dichas», como más arriba hemos apuntado, dicen menos de lo necesario, pero el receptor del mensaje lo suple sin problemas apelando a creencias sociales. Las paradojas «mostradas», al contrario, no sólo dicen menos de lo preciso, sino que incumplen además las máximas de manera: son expresiones oscuras, que parecen falsas, por lo que el receptor, suponiendo que su interlocutor respeta las máximas de cualidad, se ve obligado a construir una interpretación consistente con éstas. Así aparece, en el sistema de Grice, la diferencia entre literalidad y figuración: la paradoja en lenguaje literal, al servicio del análisis y la argumentación, frente a la segunda que, pudiendo servir a ésta, añade la tensión expresiva propia del lenguaje figurado.

En la relación con que abríamos esta sección registrábamos la presuposición existencial (en sentido de Frege), que conviene distingamos de las implicaturas conversacionales. La presuposición existencial representa, a mi entender, la vertiente lógica del problema de las categorías lingüísticas. Si se piensan éstas como «modos significativos del hablar»³⁸, la categoría «sustantivo» permite concebir la realidad como «ser en sí», y entonces lo significado por un nombre produce la ilusión de existir, propiedad que, a cambio de producir no pocos quebraderos de cabeza a los lógicos, permite a Don Quijote seguirse paseando entre nosotros. Así que, como ocurría en los ejemplos de J. V. Marqués citados, desde el momento en que introducimos en el discurso términos nominales, como «Dios» o «intelectual», creamos la ilusión de su existencia, y jugando a negarla, produciremos expresiones paradójicas: «el no ser tiene que ser de alguna manera, pues, de otro modo, ¿qué es lo que no es? Esta enredosa doctrina puede ser apodada *la barba de Platón*, la tal barba ha probado históricamente su vigor mellando más de una vez el filo de la navaja de Occam»³⁹.

Finalmente, digamos unas pocas palabras sobre los útiles gramaticales de la paradoja. De entrada, un estudio como la ya clásica *A Grammar of Metaphor*, de Christine Brooke-Rose⁴⁰, resulta aquí imposible. Las paradojas no se confinan en el espacio de una oración gramatical, simple o compleja, y su presencia no está ligada a un tipo de construcciones sintácticas en particular. No obstante, puede decirse que hay ciertas formas que favorecen la expresión paradójica, y supuesto que lo que define a la paradojas es la formulación de una incompatibilidad, aparecerán en ellas cuantas unidades de la lengua se presten particularmente a expresar ésta:

- unidades léxicas en relación de antonimia;
 - la negación bajo todas sus formas;
- morfemas que expresen polaridad, por ejemplo: uno/variados;
- oraciones preferentemente adversativas y condicionales.

Ahora podemos sintetizar cuantos tipos hemos analizado hasta el momento:

38.- COSERIU, Eugenio, «Determinación y entorno», *Teoría del lenguaje y lingüística general*, Madrid, Gredos, 1967 (primero publicado en *Romanistisches Jahrbuch*, VII, 1955-56), pág. 288.

39.- QUINE, Willard Van Orman, «Acercas de lo que hay», *Desde un punto de vista lógico*, (trad. de M. Sacristán), Barcelona, Ariel, 1962, pág. 26.

40.- BROOKE-ROSE, Christine, *A Grammar of Metaphor*, Londres, Secker and Warburg, 1958.

FERNANDO ROMÓ

tipo	dicha	mostrada	ref. directa	indirecta	literal	figurada
disociativas	+	—	+	—	+	—
decir/hacer	—	+	+	—	+	—
promedian	—	+	—	+	—	+
disocian	—	+	—	+	—	+
figuradas	—	+	—	+	—	+
c. vicioso	—	+	—	+	—	+
pres. exist.	—	+	—	+	—	+

El primer tipo citado es el que se sirve de activadores y el segundo el que responde al tópico aristotélico que consiste en oponer el decir al hacer o el decir público al privado; aunque aquí no hay metalenguaje, por lo que la paradoja debe revelar por sí su naturaleza, son éstas tan disociativas y tan eficaces en la argumentación como las primeras. Los tres tipos siguientes corresponden a los aislados por Norrick y como una subclase aislada por nosotros están las que niegan la presuposición existencial. Los dos primeros tipos son los más puramente analíticos y los cinco últimos los que claramente entran en el lenguaje figurado; mientras que el tipo «decir/hacer», aunque sin expresiones metalingüísticas, opera con referencia directa como el primero y suele ocurrir en textos extensos.

Añadamos, finalmente, que nuestra relación se sabe no exhaustiva, pero al menos supone un primer paso en el análisis de este esquema, tal como se da en el hablar real.